

**La vida a plazos de don Jacobo Lerner**

de Isaac Goldemberg

► (Lima: Libre-1, 1978), 234 pp.

por José Miguel Oviedo

Es difícil señalar cuáles son los rasgos que definen a un "buen escritor", pero cuando el lector encuentra uno, la experiencia es inconfundible: sencillamente, se trata de una *certeza*, de una plenitud que emana de cualidades (profundidad de vivencias, efusión comunicativa, peculiaridad del universo imaginario, arte de contar con interés, etc.) que no parecen estar todas en otros autores o por lo menos en esa exacta proporción que las hace superiores a ellas mismas. He sentido eso al leer la primera novela de este joven escritor peruano (tiene ahora 35 años, los últimos 16 vividos en Nueva York), y redacto ahora esta nota tanto porque creo que ese mérito debe ser reconocido como por recomendar a cualquier lector una buena novela, una novela que va a disfrutar y que, sin aparentes pretensiones, le puede brindar una experiencia estética y humana muy intensa.

Un dato curioso para comenzar: esta novela fue publicada antes en inglés (New York: Persea Books, 1978) que en español —lo que habla reveladoramente de la poca perspicacia de los editores nacionales para descubrir un autor nuevo. Cuando el libro apareció en Estados Unidos, fue recibido de modo muy favorable por la crítica periodística, agotó dos ediciones en un año y luego fue impreso como *paperback*. Tuvieron que pasar dos años, pese a la entusiasta recomendación de Vargas Llosa que la acompañaba a todas partes, para que un editor local se interesara en publicarla, con el éxito ya asegurado. Esta es la edición que aquí comento; está bien presentada y cuida-

da, pero el autor apenas pudo verla: su distribución fue afectada por la quiebra de la flamante editorial y por el engorroso problema legal (Goldemberg les había cedido sus derechos con exclusividad en lengua castellana) que le siguió. Me ha costado casi otros dos años obtener, de manos del propio autor, un ejemplar de la versión española que, en Lima, provocó cierto escándalo entre la comunidad judía: fue tomada como un virulento ataque contra ella, lanzado por uno de sus miembros además.

La novela, por supuesto, no es eso ni mucho menos: es un tiempo, comprensivo, agrídulce e irónico retrato de los avatares de los judíos en el Perú del primer tercio del siglo. El tema era inédito en nuestra literatura, salvo algunas caricaturas deleznable; Goldemberg descubre sagazmente su valor intrínseco y lo trata con la habilidad de un novelista experimentado. Como en casi toda primera novela, el material de origen autobiográfico es muy abundante y visible, sobre todo en la pareja cuya relación alimenta básicamente al libro: el padre inmigrante de Rusia y el hijo mestizo e ilegítimo que crece separado de él, fantaseando con un retorno al hogar paterno que nunca se produce (porque en realidad ese hogar no existe) y que lo traumatiza emocionalmente, quizá de modo irrecuperable. Antiguo y popular, el examen de las relaciones familiares llena toda una vertiente de la novela europea, de Balzac a Proust pasando por Dostoievsky, pero es esencial en la tradición literaria judía. Es un asunto que establece el tono y la naturaleza de esa tradición: el juego ambiguo del humor y la impotencia ante el dolor de los que gobiernan y son gobernados en el hogar, la grandeza de las ambiciones y la pequeñez de las realidades familiares, la importancia dada a la autoridad de los padres al mismo tiempo que la sospecha de su absurdidad. Figuras tragicómicas y patéticas, que giran alrededor de mundos penosamente estrechos, sus personajes poseen la magnífica ceguera de los derrotados que se niegan a serlo. La forma como Goldemberg ha captado esta rica problemática es casi siempre impecable, tal vez porque no ha procedido por abstracciones o ideas preconcebidas, sino por intuición de personajes concretos, bien definidos y entendidos en su compleja dinámica interna. Desde el principio tocamos creaturas convin-

tes que van tejiendo entre ellas una red de relaciones significativas; las primeras quince líneas de la novela contienen casi todo el elenco de la obra y son un breve resumen de esos intrincados vínculos que atraen la atención del lector y la satisfacen progresivamente:

"La noche antes de morir, Jacobo Lerner pensó que su muerte originaría leves catástrofes. Se imaginó a su cufada consumida con el pasar del tiempo por penas de amor. A su hermano Moisés en bancarrota, abandonado por su hijo, solicitando ayuda de amigos que para entonces ya no existirían. A su



querida, doña Juana Paredes..." (p. 9.)

Allí queda señalada la principal razón que convierte la vida de Jacobo Lerner en un gran fracaso: su incapacidad para relacionarse con los otros, su soledad incurable que opera como un lastre cuando piensa (y lo piensa muchas veces) formar una familia. Como dice Miriam, una de sus amantes: "A Jacobo le entraba el susto al cuerpo, porque eso es lo que siempre fue, un asustado de la vida" (p. 169). Para este judío de la diáspora la existencia se le presenta desgarrada entre opciones polares: el mundillo provinciano de Chapén y el de Lima, con su promesa de prosperidad económica; sus relaciones con mujeres gentiles (Virginia Wilson, Juana Paredes) parecen manifestar un secreto deseo de borrar sus huellas de inmigrante, y las que mantiene con mujeres de la comunidad judía (Miriam Abromowitz, Sara Lerner) prueban que necesita aferrarse al espíritu de la tribu y a sus raíces culturales. Con una agravante muy reveladora: Miriam y Sara son hermanas y miembros de su familia política, pues la segunda es es-

pose del hermano de Jacobo, Moisés Lerner; Juana, a su vez, es hermana de la viuda de un judío pobre, a cuyos hijos Jacobo brinda asistencia. Esto subraya el hecho de que Jacobo es una especie de parásito que quiere construir su familia sobre la familia de los suyos o de sus amigos, quizá porque no tiene el valor de iniciarla por su lado. Esa atávica endogamia del protagonista puede explicar las vacilaciones y remordimientos que siempre siente frente a su hijo Efraín, cuya existencia lo proyecta fuera del ámbito de su sangre y sus tradiciones, en un terreno desconocido donde su identidad puede disolverse. A los 20 años, en su tierra natal, Jacobo había empezado a presenciar "la progresiva desintegración de su familia" (p. 59); la frase es aplicable a su experiencia de inmigrante en el Perú: los lazos que tiende entre propios y extraños, no llegan a cobrar un sentido auténtico para él, y más bien los relaja y los enturbia con sus ilícitos amos. Vida a plazos, dice el título; es decir, una serie de falsos comienzos, de caminos que alternativamente se van cerrando hasta asfixiarlo en la locura y la muerte solitaria. La novela nos muestra cómo ese tránsito opera en el espíritu herido de

según transcurrían los días en Chapén" (p. 55).

Aunque la obra gira sobre la figura de Jacobo, hay otros personajes cautivantes: el pequeño Efraín, encerrado en su mundo de fantasías y terrores, perdido en un limbo sin padres; la empeñosa Sara Lerner, una suerte de Madame Bovary, que se siente ofendida por la mediocridad del ambiente limeño y que sueña con la vuelta a Europa; el contradictorio León Mitrani, que juega el papel de patriarca de la comunidad y que es tal vez la única persona que entiende bien a Jacobo, etc. La narrativa moder-



un sobreviviente que sabe no será recordado por nadie. Como dice la voz del narrador objetivo:

"Esas lecturas (las novelas de Sholem Aleijem), las reminiscencias de León Mitrani y un viejo retrato de sus padres que conservaba en el fondo de su maleta, constituían el único contacto de Jacobo Lerner con una realidad que se le iba desmenuzando rápidamente

na (salvo la británica) ya nos ha acostumbrado a esta clase de personajes, cortados con un verismo psicológico que se mantiene y desarrolla como el sustento principal del relato. Por lo mismo, es más notoria una incongruencia con el carácter profundo de Jacobo que el autor no ha sabido evitar o justificar: el dato de que Jacobo ha establecido un burdel en Lima resulta claramente inverosímil y gratuito, porque no agrega nada a su evolución interna. Además, el asunto se menciona a través de otros personajes, pero no es tratado narrativamente: jamás vemos el burdel, jamás vemos la relación entre Jacobo y ese negocio. No se crea por el diseño de los personajes, que estamos ante una novela de tipo tradicional. Lo anterior existe a través de una estructura muy precisa, dinámica y eficaz. La verosimilitud lineal se combina con el efecto fragmentado que resulta de la yuxtaposición de diversos niveles en el relato. Los 21 capítulos propiamente narrativos están encargados a distintas voces (monólogos de los personajes, relatos en tercera persona om-

nisciente) que se alternan con breves interludios: las "Crónicas" que trazan el trasfondo histórico de la acción o le agregan un dato "objetivo"; las páginas documentales extraídas generalmente del órgano "Alma Hebrea" (irónicamente seleccionadas o inventadas por el autor); y las transcripciones de los "sueños" de Jacobo. La concurrencia de lo público y lo doméstico, de lo objetivo y lo subconsciente, ilumina el foco central del drama desde ángulos y perspectivas que se disponen con la técnica del mosaico; tenemos distintas versiones que se refractan mutuamente y que muestran la naturaleza íntima de Jacobo como un prisma muestra la luz: descomponiéndola en colores dispares. Los influjos de Puig y Vargas Llosa son los más notorios y mejor asimilados en su repertorio técnico, del mismo modo que sus lecturas de Malamud, Bellow y Singer parecen dominar en el trazado de personajes y la creación de atmósferas.

No es el menor de los méritos de Goldemberg el de haber desechado la fácil tentación de los tipos humanos y el pintoresquismo ambiental, en los que la representación de las etnias particulares suele incurrir. Y sin embargo, el humor (un humor judío, hay que decirlo) recorre este libro como una corriente subterránea y disuelve su amargura. La soledad de Jacobo Lerner es real y dolorosa, pero también somos capaces, gracias al autor, de sentir lo que hay en ella de irrisorio. El suyo es un corazón inhábil, que recorre varias veces los mismos caminos sin aprender la lección, como un comediante cuya impericia provoca risas involuntarias mientras la angustia le marca el rostro.